



ECOS DE LA PALABRA Por Javier Castillo, sj

Invitados a allanar los caminos

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 1, 1-8 (2º Domingo de Adviento - Ciclo B – 10 de diciembre de 2017)



El tiempo del Adviento, como lo mencioné la semana pasada, es un tiempo de preparación para la celebración de uno de los acontecimientos más importantes para el mundo cristiano: la presencia de Dios en la historia de la humanidad a través del nacimiento de un niño, pobre y humilde, que llenará de “buenas noticias” los corazones de los hombres y mujeres que

encontramos en él razones para esperar y para soñar un cielo nuevo y una tierra nueva en la que habite la justicia (2P. 3, 8-14).

Esta semana la Palabra de Dios nos invita a hacer nuestra una nueva actitud que se suma a la de la vigilancia del domingo anterior, **preparar los caminos para el Señor** que viene. Ésta, que es una actitud más activa, la podríamos desarrollar en dos ámbitos distintos pero complementarios: primero, a nivel comunitario, al construir entre todas y todos las condiciones de posibilidad para que este mundo se parezca más al mundo soñado por Dios en la primera hora de la humanidad. Segundo, a nivel personal, cuando reconocemos con humildad que hay aspectos de nuestra vida que nos gustaría cambiar pues son obstáculos que impiden que Dios nos habite plenamente y que sea su modo de proceder, sus criterios y sus valores los que den sentido y forma a lo que somos y hacemos. Quisiera invitaros a centrar la reflexión sobre este segundo nivel que, a la postre, se convertirá en punto de partida para el primero. A modo de ejemplo, si en nuestros corazones no hemos hecho espacio para el valor de la justicia, ¿cómo podremos ser constructores de un mundo justo?

¿Qué senderos estamos llamados a allanar, qué caminos reconocemos que hemos de enderezar?

La supremacía del yo. Algunos de nosotros vivimos una época en la que el famoso super yo freudiano tenía un papel preponderante en la estructura de nuestra personalidad, era esa voz interior que nos recordaba con insistencia lo que “debíamos ser y lo que debíamos hacer” de acuerdo con unos criterios de bondad o malicia. El

tiempo presente es el de la exaltación del yo que, aunque creo que no desconoce los criterios éticos de actuación, nos puede conducir a vivir solo para nosotros mismos abstrayéndonos de lo que pasa a nuestro alrededor. Un indicador de este “encerramiento” en nuestro propio mundo es el uso generalizado de las redes sociales y del *WhatsApp* que, paradójicamente, pueden acercar a los lejanos y alejar a los cercanos y, lo peor, trivializar palabras de sentido tan hondo como la amistad. ¿Puede una persona tener un millón de “amigos” y sentirlos de verdad como tales? Encerrarnos en nuestro propio yo nos empobrece. Los otros son un relato indispensable para vivir un yo integrado, equilibrado y con capacidad de amar y servir.

En este Adviento podríamos iniciar un camino de salida de nuestro propio amor, querer e interés (Ejercicios de San Ignacio 189) e implicarnos afectiva y efectivamente en la vida de los otros. Cuando damos cabida al nosotros, a los rostros y las historias de las personas con las que estamos llamados a construir el reinado de Dios, aquí y ahora, es posible que el cielo nuevo y la tierra nueva que nos dice la carta de Pedro sean, más allá de un anuncio de los bienes futuros, una realidad que alienta nuestra espera.

La globalización de la superficialidad. Muchos de nosotros podemos tener la tentación de vivir como surfistas, de pensar que en el disfrutar las sensaciones fuertes que nos genera el estar en la cresta de la ola es suficiente para tener un horizonte de felicidad. Esta tentación puede llevarnos a vivir preocupados solamente por el gozo y el placer efímero, por los logros a corto plazo, por vivir el día a día sin preocuparnos e interesarnos por un mañana mejor para todos. Hay vida más allá de la Liga de Fútbol y de los *Reality show* con las que nos estamos anestesiando.

En este Adviento podríamos atrevernos a bucear e implicarnos en las transformaciones hondas, tanto a nivel personal como comunitario, que nos demanda el proyecto de Jesús. La complejidad de la actual situación mundial: guerras, hambre, fundamentalismos violentos, corrupción, paro, etc., no se puede solucionar con medidas superficiales, requiere de personas que sean capaces de escrutar las causas estructurales y que se atrevan a proponer alternativas, aunque éstas no gocen del favor popular. ¡Qué bueno sería cambiar la tabla del surf por el oxígeno del evangelio que nos permite entrar en contacto con la profundidad de la vida!